

Latir

Angélica Koncurat Savid



Capítulo 1

Latir

Image not found.

Sobre mis manos blancas, frías, late acompasadamente un corazón ensangrentado. Debe tener el tamaño de un puño y su rojo profundo, vibrante, me hipnotiza. Se contrae y se relaja con un ritmo fluido, como si

soñara. Félix, su dueño, todavía duerme. El latido se escucha bajo, tengo que inclinarme un poco sobre mi regazo para apreciarlo mejor. Además, se confunde con los otros débiles murmullos provenientes de las cajas de cristal colocadas en las estanterías de las paredes. Los corazones rotos de mis víctimas anteriores.

Quisiera levantar la vista para contemplarlos una vez más, pero el órgano vivo, joven y sano de Félix me fascina. No tiene ni un rasguño. A veces, cuando contemplo otros en mi silla, antes de romperlos, me entretengo buscándoles cicatrices, irregularidades. Algunos, incluso, están ya tan dañados que se ven espesos y marchitos... No me cuesta demasiado romperlos, son tan frágiles que no se requiere de una fuerza extraordinaria, pero de vez en cuando me dan pena. Siento el calor de los latidos y sé que se hallan cómodos en mis manos, se van rindiendo ante mí, adormeciéndose. En esos instantes los rompo. Pero el corazón de Félix es distinto. Está intacto, reluce, rebosa vida y transmite cierta paz...

Entonces, Félix despierta. Lo sé porque el ritmo de su latido cambia. El corazón se siente incómodo en mis manos, como si extrañara su hogar. La sangre se vuelve más líquida, algunas gotas se escurren entre mis dedos y se desarman contra el piso de baldosas viejas.

El hombre ha despertado. Se siente extraño, probablemente le duela el pecho. Está nervioso, confundido, desorientado entre el sueño que abandona y la pesadilla en la que se introduce. El corazón se agita cada vez más, pronto mis manos están pintadas de un rojo brillante y adrenalínico.

Félix debe estar mirándose al espejo porque de repente su corazón se queda quieto. Sus ojos escudriñan su pecho desnudo. Está a punto de descubrir el corte. El corte y los puntos. El corazón vuelve a la vida poco a poco, está sufriendo. Se retuerce en mis manos porque extraña la piel de Félix, sus dedos sobre el pecho, sintiéndolo latir. Yo también experimenté sus manos sobre mi piel anoche, y no lo culpo, es una sensación exquisita.

El corazón se tensa, está agónico, casi puedo escucharlo gritar. El hombre ha descubierto la cicatriz, tiene miedo, no entiende lo que pasa. ¿O sí? Se echa agua fría en el rostro, está soñando, eso quiere creer. Pero no. Es real. Hay un vacío en él, un hueco que rellenar. Su corazón no está pero continúa latiendo. No ha muerto aún, yo se lo robé. Está acá, en mis manos, sobre mi regazo, cerca de las cajas de cristal y los corazones de mis otras víctimas.

Félix se agarra la cabeza y suelta todo el aire que ha estado conteniendo. Respira profundamente para adquirir un poco de calma y pensar con lucidez. Su corazón también se tranquiliza. Lo sostengo con una mano y con la otra lo acaricio. Le susurro palabras bondadosas, no quiero que

tema. Entonces Félix se acuerda de mí y de la noche anterior. Su corazón responde a mi voz y le transmite las imágenes.

La lluvia, la fiesta, los tragos. Mi vestido rojo y mis ojos negros vuelven a su memoria como ráfagas de viento. Me veo sonriéndole con picardía y me felicito por ser tan buena actriz.

Anoche bailamos con fuerza y reímos hasta quedarnos sin aliento. También nos besamos. El alcohol había hecho el encuentro más ameno y eliminado la incomodidad de ser dos extraños. La lluvia nos mojó bastante cuando salimos de la fiesta para llamar un taxi que nos llevó a su departamento. Fue una noche increíble. Incluso tuve mis dudas cuando lo contemplé profundamente dormido y vulnerable. Pero los años habían hecho de mí una persona cruel... Al final, abrí su pecho, extraje su corazón y cerré la herida con suma delicadeza, como si bordara sobre seda.

Continúo susurrándole palabras conmovedoras y el corazón se adormece en mis garras mientras Félix se pierde en los recuerdos. Todo va tomando su lugar, me siento inquieta, emocionada como una niña que está a punto de cometer una maldad. Sujeto el corazón en la posición adecuada, voy a romperlo, pero algo me detiene.

Noto cierta resistencia. Es extraño, nunca había sentido oposición anteriormente. Me muerdo los labios. Siempre me han gustado los desafíos. Decido esperar, quiero ver qué tiene el órgano de Félix. Es distinto del resto, lucha, como si no se dejara romper; presenta batalla.

Félix toma una determinación. Su corazón da un salto en mis manos y los latidos se vuelven fuertes, vigorosos. Está decidido a encontrarme.

Percibo algo similar a una descarga eléctrica que recorre mi cuerpo. Sube desde mis manos, desde el peso de mis manos, desde el corazón escarlata de Félix. Me siento extasiada. Jamás me habían planteado semejante prueba. El hombre viene en busca de mí, quiere recuperar lo que fue suyo.

Una sonrisa asoma a mis labios. Yo también quiero jugar. Hablo al corazón, ya no le susurro. Le cuento mis anécdotas de infancia. Mi voz se tiñe de cierto tono nostálgico mientras recuerdo las tardes de campo soleadas y las cabalgatas por los paisajes de la llanura. Le confieso mis alegrías de pequeña y mis desgracias. El corazón lucha por hacer oídos sordos, pero lentamente se relaja, mi voz es como un arrullo.

Pero lucha. Evoca el momento en el que lo he arrancado de su hogar, de su caja húmeda y caliente, y se rebela. Félix intenta recordar cualquier cosa que lo traiga hasta mí, hasta su corazón. Me encuentro sinceramente

fascinada. ¡Sin precedentes! Hombre y corazón quieren expulsarme.

Continúo hablándole. No me vencerán. Félix será mío y romperé su corazón en el mejor momento. Necesito engatusarlo. Quiero que se calme, que me comprenda. Se enamorará de mí.

Le doy mi mejor sonrisa. Le cuento que una vez estuve enamorada de un chico. Éramos jóvenes. Parecía un Adonis griego. Su cabello rubio refulgía con la luz del verano y su sonrisa era para mí más cálida que los rayos del sol. Me embargaba con su mirada, como si pudiera atravesarme con sus ojos y llegar hasta lo más profundo de mí ser.

“Estaba enamorada”.

Las palabras se escapan de mi boca casi sin darme cuenta. Pero el tono ya no es dulce como la miel. Siento un sabor amargo en la lengua. Miro el corazón de Félix. Late muy lento, como si esperase la continuación de mi historia. Sonríó forzosamente y una lágrima agria que se desprende de mis ojos resbala por mi mejilla. Cae justo en el centro del corazón y se disuelve entre la sangre roja y brillante.

“Se fue con otra”.

Arrugo los labios. El silencio inunda la habitación, pero enseguida los débiles latidos de los corazones de las estanterías lo interrumpen. Parecen gemidos de almas en pena. Clavo la mirada en el pequeño órgano que sostengo en mis manos. Algo extraño llama mi atención. De la parte inferior del corazón, algunas venas se han extendido. Lentamente, han ido envolviendo mis muñecas con sus tonalidades violetas y verdes, como si de alguna forma él echara raíces en mí.

Sonríó. El cambio es bueno. Félix no querrá arrebatármelo si él se quiere quedar, si desea crecer entre mis manos. De alguna forma este acontecimiento extraordinario ha logrado que la amargura de hace unos segundos se esfumara.

Le dedico al corazón de Félix una mirada tierna. Lo admiro. Sigue estando igual de rojo, igual de vivo. Late más fuerte. Félix recuerda algo que le dije anoche. Un comentario al pasar: mi casa estaba cerca de su trabajo.

Realmente vendrá a buscarnos. Se pone en camino. Está tan ansioso que decide correr. De todas formas, la distancia no es extensa. Lo sé porque su corazón sale del reposo y late fuertemente descompasado. Las venas siguen su camino sobre mi piel, ya me han envuelto hasta los codos. El calor que emana de ellas contrasta con mi cuerpo frío y hace que me sienta más viva que nunca.

A Félix, no le falta mucho. Contemplo el corazón extasiada. ¡Es hermoso, magnífico! ¿Debería romperlo? Muevo un poco mis muñecas para comprobar la soltura. Las venas que se arremolinan en torno a mis brazos no están tensas. Al contrario, son como una caricia. Una caricia cálida. ¿Debería romperlo?

La pregunta da vueltas en mi mente mientras ensayo una vieja canción. El corazón se debate entre la excitación de Félix y el remanso de mi voz. Duda. Al parecer ha encontrado alguna especie de refugio en mis manos. Como un nido del cual ha ido apropiándose. Las venas sobrepasan mis codos y comienzan a envolver mi cintura. Esos pequeños conductos de vida me transmiten calidez por donde sea que crezcan. Canto más fuerte, más profundo, más enérgicamente. Mi voz llena la habitación y el latido del corazón de Félix va marcando el compás de la melodía. Quiero que me encuentre.

Él se agita nuevamente. Se debate. ¡Pobre corazón! Quiere volver, tiene nostalgia de su pasado pero a la par necesita quedarse: beber de mi voz, cantar a dúo eternamente. Late, late muy fuerte. Las venas de su hogar lo reclaman, lo necesitan. Félix está cerca.

Canto, canto lo más alto que he cantado nunca. Estoy envuelta por Félix. Su interior me rodea por todas partes. ¡Esto no pasó nunca antes! ¡Es mi víctima! ¡Es mío, su corazón es mío para que yo pueda romperlo! ¡Por eso lo robé! Para vengarme. ¿Pero de quién? ¿De aquel Adonis que se desdibuja en mi memoria y ya no parece más que una estatua? ¿De todo los que se presentaron iguales a él? ¿Para qué los quiero ahora?

Sin embargo, la tentación de romperlo... El corazón de Félix. El rojo, la vida, el calor... El contraste con mi cuerpo helado y gélido. Sería la venganza perfecta, mi mayor crimen, el trofeo magnífico de la habitación. Tengo una caja de cristal especialmente fabricada para él. El material es el más transparente, el más frío, la mejor vidriera.

El corazón de Félix calla súbitamente y mi voz se apaga con él. Noto el aumento de la temperatura. Es como un pequeño sol caliente en mis manos. No me quema, pero me da vida. El hombre está del otro lado del umbral. La intensidad de los latidos aumenta gradualmente. Inunda mis oídos. El pomo de la vieja puerta gira despacio, muy despacio. El corazón llega a un estado frenético y calla de nuevo, como si alcanzara su tope.

La puerta se abre lentamente, chirriando. El hombre que aparece detrás impone su presencia. No me atrevo a levantar la mirada de su corazón. Sé por el mismo que está contemplando la escena. La pequeña habitación, los corazones en sus cajas de cristal, en las estanterías. La mujer sentada en el medio con el órgano en su regazo, encorvada, vuelta hacia el motor

de su vida. Las venas envolviéndola como raíces.

Finalmente lo miro. En sus ojos noto indecisión. Por un lado desea arrebatarme su corazón. Lo sé porque el pequeño se debate entre mis dedos, quiere ir con él, pero también quedarse conmigo.

Su mirada sube lentamente y se encuentra con la mía. Se ha resuelto. Baja los ojos hacia el costado izquierdo de su pecho. Luego los clava en mí. Me culpa, no quiere que yo lo cuide, le cante, lo arrulle.

No quiere que lo ame.

Suelto una carcajada enérgica. Siento una explosión de odio que recorre todo mi ser. Ha vuelto a pasar. He robado un corazón que no me pertenece. Un corazón cuyo dueño no quiere hacer caso a las raíces que ha echado. Una mente egoísta.

“Al final, son todos iguales”.

Las palabras se escapan de mi boca con cierta sorna. Lo miro sonriendo decepcionada. Entonces, con un movimiento rápido y ágil de mis manos, rompo su frágil corazón.

Félix se desploma sobre el suelo. Me permito un momento de satisfacción. Pero enseguida algo extraño pasa. Las venas que han estado confortándome todo este tiempo se tensan. El corazón pierde de golpe el esplendor de su rojo fuego. Violeta y verde se mezclan, se vuelven azules. El calor de la sangre se esfuma. Hace frío. El ambiente se pone realmente frío. Las venas me aprietan, me queman, pero esta vez no es calor lo que transmiten. No. Dicen que el hielo puede quemar más que el fuego.

No puedo moverme. Miro el corazón de Félix. ¡Ya casi no se distingue su forma! Ha cambiado. Si presto atención, se escucha un latir débil. El órgano emplea sus últimas fuerzas para vengarse de mí.□

De repente, lloro. Soy un río de lágrimas. Las venas me aprietan el cuerpo.

Antes de que todo se ponga oscuro, alcanzo a esbozar una débil sonrisa. Soy víctima, al fin, de un corazón roto.